

CAPÍTULO IV.

EL CRISTIANISMO Y LA FILOSOFÍA.

§ I. — La filosofía prepara el cristianismo.

I.

La ley del progreso que rige al género humano implica que nada se produce en el mundo moral que no tenga sus raíces en lo pasado y que no sirva de preparación para el porvenir. Si atendiésemos á los partidarios de una revolución milagrosa, la filosofía antigua constituiría una excepción de esta ley. Siendo Jesucristo Hijo de Dios, ¿no es un sacrilegio el decir que la sabiduría humana preparó el Evangelio? Si hay alguna impiedad, está del lado de los que censuran y maldicen todo el trabajo de la humanidad anterior á la venida de Cristo. En su celo no advierten que sus maldiciones suben hasta Dios. Nadie cree ya que la filosofía pagana sea obra del diablo; los que la rechazan como tal no prueban más que una cosa, su falta de inteligencia y su mezquindad de espíritu. ¡Ciegos que no ven que, queriendo atraer á los hombres al cristianismo, los alejan! A la filosofía corresponde el defender la causa de los pensadores de Grecia y Roma; su causa es la de la humanidad, porque se trata de probar que la verdad se revela progresivamente por el intermedio de la razón. El lazo que existe entre el cristianismo y la filosofía es la prueba más notable de este dogma. Recordemos á los ortodoxos modernos que ya los Padres de la Iglesia lo han reconocido. *San Cle-*

mente compara la filosofía á la Ley de Moises: la primera, según él, ha preparado á los gentiles, y la otra al pueblo elegido para la venida de Cristo. *Orígenes* muestra que la intervencion del Mediador es permanente desde el origen de las cosas. Demos un paso más en la vía abierta por los grandes pensadores del cristianismo; separemos la idea de revelacion de todo elemento milagroso, y tendremos la consoladora conviccion de que la humanidad, bajo la direccion de la Providencia, realiza por sí misma su destino, que ninguno de sus esfuerzos es perdido, que los trabajos del pasado engendran el presente y que el presente prepara el porvenir. Lo mismo sucede con la filosofía en sus relaciones con el cristianismo.

La filosofía condujo al mundo antiguo hasta los umbrales del Evangelio. Enseñaba casi todas las grandes verdades que forman la base del cristianismo. Las afinidades de la doctrina cristiana con la filosofía son tan íntimas que *San Agustín* dice: «Si los antiguos Platónicos resucitasen, abrazarian sin dificultad el cristianismo, cambiando algunas palabras y algunas máximas (1), como la mayor parte de los Platónicos nuevos lo han hecho en nuestros tiempos.» Estas semejanzas chocaron de tal modo á los Padres de la Iglesia, que creyeron encontrar el misterio fundamental de la teología cristiana, la Trinidad, en los escritos de Platon (2). Esto era ir demasiado lejos. Es muy cierto que la noción del Verbo era universalmente recibida por los filósofos, como lo dice *San Atanasio* (3), pero su Trinidad no tenía nada de comun con la Trinidad cristiana; los verdaderos filósofos no querian y no podian admitir que el Verbo se hubiese encarnado (4), y esta última creencia constituye el elemento esencial del dogma cristiano. Sin embargo, por grande que sea la diferencia que separa la teodicea filosófica de la teodicea cristiana, bajo el punto de vista de la teoría, tiene poca importancia cuando se trata de investigar los orígenes

(1) «*Paucis mutatis verbis atque sententiis*» (AUGUSTIN., *De vera Religione*, c. IV, núm. 7).

(2) CLEMENT. ALEXANDR., *Stromat.*, v, 14, p. 710, ed. Potter.—AUGUSTIN., *Confess.*, VII, 9; *de Civit.*, X, 29, 2.

(3) MOEHLER, *Atanasio el Grande*, t. I, p. 207, nota 1 (de la traduccion).

(4) AUGUSTIN., *de Incarnat.*, 42.

del cristianismo. Todos aquellos á quienes no ciegan las preocupaciones católicas, confiesan que el Evangelio no es un sistema de teología, y que los primeros discípulos de Cristo tuvieron poco de teólogos. Hay en el Evangelio un elemento sobrenatural y un elemento humano. Los milagros, el mesianismo de Cristo, su misión divina, todas estas creencias son por su naturaleza enteramente ajenas á la filosofía. Pero la predicación de Jesucristo es esencialmente moral, y bajo este punto de vista hay identidad casi absoluta entre el cristianismo y la doctrina de los filósofos.

En vano los escritores cristianos tratan de elevar la moral evangélica hasta tal punto que el espíritu humano, lejos de poderla producir, apenas sería capaz ni aún de comprenderla; ¿quién no ve que estas pretensiones están dictadas por la necesidad de su causa? Si el revelador del cristianismo es un sér sobrehumano, es menester también que su predicación esté por cima de las fuerzas del hombre; si no, ¿para qué el más imposible de los milagros, la encarnación de Dios? Pero estas soberbias pretensiones desaparecen ante los hechos. Notemos primeramente que los Padres de la Iglesia, aunque interesados en colocar la predicación evangélica por encima de la sabiduría humana, confiesan que la moral de los filósofos apenas difiere de la moral de Jesucristo: «El que reuniese, dice *Lactancio*, en un cuerpo de doctrina la verdad esparcida en las diversas sectas filosóficas, estaría seguramente conforme con nosotros» (1). *Orígenes* se expresa en este punto como *San Jerónimo* (2). Los Padres, cuando no los ciega el odio á la civilización pagana, no dudan en dar á los filósofos el nombre de cristianos (3). Hay más. Hacia el tiempo en que los primeros discípulos de Cristo anunciaron la *buena nueva* á los gentiles, un filósofo estoico escribía tratados de moral en Roma. Ahora bien, encuéntrase que la moral de Séneca tiene tanta relación con el

(1) Véase más atrás, pág. 30, nota 1.^a

(2) ORÍG., *Homil. 14 in Genes.* (Op. t. II, p. 98).—HIERONYM., *in Esai.*, X. «*Stoici nostro dogmati in plerisque concordant.*»

(3) MINUC., FÉLIX, *Octav.* 20: «*Exposui opiniones omnium ferme philosophorum, quibus illustris gloria est, Deum unum multis licet designasse nominibus; ut quis arbitretur, aut nunc christianos philosophos esse, aut philosophos fuisse jam tunc christianos.*»

Evangelio, que los escritores cristianos, para explicarse aquella admirable semejanza, imaginaron las más singulares hipótesis, unas más insostenibles que otras. Primeramente forjaron una correspondencia entre Séneca y San Pablo. Cuando se descubrió el velo, supusieron que el filósofo romano había sido iniciado en las creencias cristianas por los discípulos de Cristo. No veían que cuanto más patentizaban el parentesco de la filosofía y de la moral evangélica, más evidente era la inutilidad de una revelación sobrenatural, puesto que la filosofía conducía á las mismas enseñanzas que la palabra del Hijo de Dios. La conclusión es inevitable: los Sénecas, los Marco Aurelios, los Epictetos eran cristianos sin conocer á Cristo. ¿Qué prueba más concluyente, podríamos alegar de una revelación permanente de Dios por la humanidad?

II.

Sin embargo, los católicos modernos continúan rechazando todo lazo de filiación entre el cristianismo y la filosofía antigua, como una injuria para el Hijo de Dios. La filosofía, dice uno de los defensores más moderados de la revelación, daba una falsa noción de la divinidad y una idea tan errónea de las relaciones del hombre con Dios como del destino humano (1). Debemos, pues, entrar en algunos detalles. Nuestra tarea es fácil; no tenemos más que repetir lo que hemos dicho en los primeros volúmenes de nuestros *Estudios*.

Los escritores católicos ponen mal la cuestión. Insisten sobre las diferencias que se encuentran entre las especulaciones filosóficas de la antigüedad y las concepciones cristianas, y en este paralelo no consideran ni aún los sentimientos de la cristiandad primitiva; toman como término de comparación las enseñanzas de la teología del siglo XIX. Con semejante punto de partida es imposible que lleguen á la verdad. No es cierto que los discípulos de Cristo y los Padres de los tres primeros siglos hayan tenido una

(1) DELLINGER, *Orígenes del Cristianismo*, t. I, p. 29 y siguientes de la traducción.

doctrina fija acerca de Dios y el hombre, y sobre las relaciones entre la criatura y el Creador; hay entre ellos bastantes dudas y aún bastantes inexactitudes, si se los juzga según nuestras ideas actuales. Esto explica cómo los Santos Padres han podido decir que todo el cristianismo se encontraba esparcido en las diferentes escuelas de filosofía; las diferencias que separan las doctrinas filosóficas de las creencias religiosas les llamaban ménos la atención que las analogías, por una razón muy sencilla, porque estaban más cerca de la filosofía antigua, de donde procedían, que de la teología moderna. Las semejanzas les parecían tan considerables, que temían sufriese con ellas la autarquía de la revelación. Hé aquí por qué imaginaron relaciones entre los filósofos y la Ley antigua, á fin de hacer pasar á Platon y Aristóteles y á todas las sectas que se derivan de estos grandes maestros como discípulos de Moisés. Sus hipótesis, unas más absurdas que otras, atestiguan contra la revelación en vez de probar su existencia: en efecto, prueban el más íntimo parentesco entre las creencias de los cristianos y las de los filósofos. Y puesto que no es cierto, como lo dice *San Clemente*, que los filósofos las hayan tomado ó robado de la Sagrada Escritura, es menester admitir que son un producto de la razón humana. Está, pues, probado, por la confesión misma de aquellos á quienes la Iglesia honra como sus Padres, que la razón, sin el auxilio de ninguna especie de revelación milagrosa, ha conducido al género humano al umbral del cristianismo. No decimos nosotros otra cosa. No decimos que el cristianismo sea la copia de la filosofía. No negamos que existan diferencias, no negamos la superioridad del cristianismo, pero las diferencias no son un abismo, y la superioridad se explica por el progreso natural de las ideas; no es ni aún absoluta, puesto que hay más de un punto en que la conciencia moderna se pronuncia por la filosofía en contra del cristianismo.

Se ha dicho muchas veces que los filósofos consideraban principalmente á Dios como la causa primera, que veían en él más bien un principio inteligente que de amor. Sin embargo, *San Agustín* confiesa que Platon le hizo conocer el verdadero Dios y tiene razón: si toda la doctrina cristiana no está en la concepción de Platon, el gérmen al ménos lo está. El Dios de Platon no solamente

es una inteligencia, sino que también es amor y forma el universo por una efusión de su bondad. Se ha dicho aún que el Dios de los filósofos permanece indiferente al mundo que más bien es emanación que creación suya. Esto es cierto respecto de algunos sistemas filosóficos, pero no respecto del platonismo. Este sistema enseña la Providencia, esto es, un Dios que no abandona ni un instante al hombre, un Dios que le guía en el camino del bien y le aparta del mal (1). De aquí una concepción de las relaciones de la humanidad con Dios, que no dejaría de admitir un cristiano. Estamos en comunicación perpétua con Dios. Esta creencia, llevada hasta sus últimas consecuencias, nos aleja del orgullo, que no sin fundamento se critica á la filosofía, y nos conduce á la gracia y á la humildad cristianas. *Bias* decía ya que el hombre debía atribuir á Dios cuanto hiciera de bueno. No hay nada que no le provenga de su liberalidad: « Dios, dice *Platon* fundándose en una antigua tradición, es el principio, el medio y el fin de todos los seres. » Esta idea de las relaciones del hombre con Dios es, en efecto, una idea religiosa que se halla lo mismo entre los poetas que entre los filósofos: « La sabiduría, dice *Esquilo*, es una gracia, un presente de los dioses. » Nadie, según *Theognis*, es bueno sin la asistencia de los dioses (2). *Pitágoras*, aquel filósofo esencialmente religioso, deducía de ahí que el hombre debía abandonarse por completo en manos de la Providencia, y que en la oración no debía pedir á los dioses más que el que se cumpliera su voluntad. ¿Cuál es, pues, el ideal de la actividad humana? El hombre debe reverenciar á la divinidad y tratar de aproximarse á su perfección. Jamás alcanzará á la perfección divina, dice *Pitágoras*, porque sólo Dios es infinitamente sabio, pero mejorará incesantemente su naturaleza débil y pecadora. Aquel que se penetra bien de esta doctrina no hará alarde de su sabiduría, porque sabe que la recibe de Dios. Aquí la filosofía se confunde con la religión y toca ya al cristianismo. *Platon* quiere que nos sometamos humildemente á la ley divina. Orgullo de la modestia, dirán los detractores de la filosofía. No; res-

(1) Véase el tomo II de mis *Estudios*, p. 417 de la edición española.—*BARTHÉLEMY SAINT-HILAIRE*, *La moral de Aristóteles*, Prólogo, p. 85.

(2) *Historia de las religiones de la Grecia*, t. III, p. 4 y 61.

ponde *Marco Aurelio*: debemos mostrarnos sometidos á los dioses con sencillez, porque el orgullo de la modestia es el más insopor- table de todos (1).

¿Cuál es, en definitiva, nuestra mision sobre esta tierra? ¿Cuál es nuestro fin ideal? Encuéntrase en la Sagrada Escritura una frase ambiciosa acerca del destino del hombre: y es que todo sec- tario de Moises, todo discípulo de Cristo, debe ser sacerdote. El ideal es tan elevado, que el cristianismo ha desesperado de alcan- zarlo; ha reservado la elevada mision del sacerdocio á algunos ele- gidos, á los unguidos del Señor, y ha confundido á todos los demas en la masa del pueblo. ¡Pues bien! Este ideal es tambien el de la filosofía antigua. Un pensador nacido de la escuela estóica, Marco Aurelio, es quien escribe que el hombre de bien debe ser el *sacer- dote de Dios*. Hé aquí una moral religiosa que un concilio cristia- no declararía ortodoxa. Si se pretende, pues, que no hay más mor- ral que la que está fundada sobre la religion, los antiguos la han tenido, la han tenido independientemente de toda revelacion mi- lagrosa; la poseian ántes que los cristianos hubiesen fijado su doc- trina; los Padres que la formularon fueron educados en las escue- las de los filósofos; y se pretende que la filosofía no ha ejercido in- fluencia alguna sobre el cristianismo!

Pero la moral, ¿es una doctrina esencialmente religiosa? Los escritores católicos así lo pretenden, y como solamente su Iglesia tiene el depósito de la religion revelada, debería deducirse que so- lamente el catolicismo tiene una moral verdadera, de donde se se- guiría que las demas confesiones religiosas, aún cuando sean cris- tianas, no tienen moral, y mucho ménos aún las escuelas filosófi- cas. ¿Quién no ve que estas soberbias pretensiones se contradicen y destruyen entre sí? En efecto, cada secta religiosa podría decir otro tanto. Lo que se ve con más claridad en este conflicto es que se corre el riesgo de dar una base falsa á la moral fundándola en la religion. La filosofía, libre de toda preocupacion de secta, es más competente que la teología para investigar las leyes que ri- gen las relaciones de los hombres, porque estas leyes deben ser ta- les que se apliquen á todos los hombres cualesquiera que sean sus

(1) MAURY, t. III, p. 367 y sig., 411 y sig.—Mis *Estudios*, t. III, p. 477.

creencias. Se sigue de aquí que la religion es una traba para el moralista, en vez de ser un auxiliar, sobre todo cuando está fun- dada en una pretendida revelacion. Pero dejemos aquí las induc- ciones de la teoría. Conocemos la moral de los antiguos filósofos; veamos si existe entre el platonismo y la ciencia revelada ese abis- mo que la ortodoxia cristiana imagina.

Conócete á ti mismo: tal es el punto de partida de la moral de Sócrates, tal fué la ocupacion de toda su existencia; aún en la decadencia de su vida decia que estaba allí para cumplir el pre- cepto del Dios de Delfos. ¿Conocian los cristianos otro principio? ¿Conocian vida más santa que la del sabio que vivió conforme á su máxima? El exámen de sí mismo llevó á Sócrates y á su disci- pulo á considerar el bien y el mal en sí mismos, á seguir el uno y á evitar el otro, sin pensar en las consecuencias materiales que pu- diesen resultar de ello, gloria, honores, recompensas ó castigos. No debe escucharse jamas otra voz que la de la conciencia, porque es la voz de Dios que nos habla interiormente. En este caso ya, no hay más que ver si la práctica de lo que es bueno ó malo en sí implicará un mal presente, por grande que sea, aún cuando sea la muerte. ¿Habrá que recordar aquí que Sócrates practicó esta ele- vada moral delante de jueces inicuos? ¿Habrá que recordar que prefirió morir á librar la vida desobedeciendo una sentencia injus- ta? (1). En presencia de esta santa muerte, séanos permitido pre- guntar si hay cristianos que comprendan mejor el deber y que le cumplan con más abnegacion. Sin embargo, es tal la ceguedad del espíritu religioso, que los Agustines y los Bossuet no se han atrevido á colocar á Sócrates entre los elegidos, porque era paga- no. En efecto, en el mundo teológico es cosa admitida que las vir- tudes de los paganos no son más que vicios. ¡Hé aquí cómo ilu- mina la religion á la moral!

Dícese que carecia la moral de los filósofos del soplo vivificador de la caridad. No tenemos interes alguno en rebajar la caridad cristiana; pero lo mismo en la caridad que en las demas virtudes tuvo Jesucristo precursores en la antigüedad. Los Atenenses

(1) BARTHÉLEMY SAINT-HILAIRE, *La moral de Aristóteles*, prólogo, pág. 497 y sig.

atribuian á los sabios más antiguos este precepto, que se reivindicaba para el cristianismo: *Haz á los demas lo que quieras que hagan contigo.* Platon enseñó que el amor es el principio de todas las relaciones, y otro discípulo de su maestro, Isócrates, formuló su doctrina en términos casi idénticos á los del Evangelio: predicó la caridad como un Padre de la Iglesia (1). Mucho tiempo ántes que él, Pitágoras habia ya dicho que era preciso hacer bien á sus enemigos, y bajo el nombre de amistad consideraba el mismo filósofo á la caridad como el lazo de la humanidad y de la creacion entera. La caridad es, pues; tan antigua como la filosofía. No quedó siendo un puro precepto filosófico. Los poetas trágicos, que se dirigen á las masas, cantaron, muchos años ántes que el cristianismo, que el hombre habia nacido para amar y no para odiar; cantaron que habia nacido, no para sí, sino para el bien de todos. Estos sentimientos pasaron de la Grecia á Roma. ¿Quién no recuerda el célebre verso de Terencio? Cicerón, á quien los escritores cristianos no han convertido todavía en discípulo de Moisés ó de Cristo, nos muestra en cada página de sus escritos un comentario de las palabras del poeta; enseña que el amor es el lazo que une el hombre á Dios, y que la caridad es la fuente de todas las virtudes: enseña que *«la naturaleza humana exige al hombre el hacer bien á sus semejantes, cualesquiera que sean, por el solo hecho de ser hombres como él.»* Séneca no ha aprendido, pues, de San Pablo aquella máxima idéntica con los principios del orador romano: *Donde quiera que hay un hombre hay lugar para hacer un beneficio.* El filósofo estóico va aún más léjos; segun él, la caridad es una condicion de la felicidad del hombre: *«Es menester, dice, que vivais para los demas si quereis que los demas vivan para vosotros.»* Un Padre de la Iglesia aplicó esta ley de solidaridad á los elegidos del paraíso: Orígenes creyó que los santos no podian ser felices mientras hubiese un solo condenado. La Iglesia condenó su doctrina como herética. ¿Dónde hay más caridad, en la filosofía ó en el cristianismo? Los sentimientos de Séneca se depuran todavía, y se elevan en los últimos estóicos del Imperio. Su ideal de caridad no tiene nada que envidiar al ideal cristiano. No hay en Marco

(1) MAURY, *Religiones de la Grecia*, t. III, p. 9.

Aurelio ni sombra de personalidad, de pensamiento de sí mismo; quiere que el hombre haga el bien, porque su naturaleza es hacer el bien. Es todo amor: *«¡Oh, alma mia, exclama, gustarás al fin de la felicidad de amar, de querer á los hombres!»* (1).

Dicese que falta sancion á la moral de los filósofos; se les critica de no tener una fe firme en la inmortalidad. Nosotros preguntaremos á estos detractores de la filosofía: la creencia del cielo y del infierno, ¿ha producido muchas almas tan santas como la de Marco-Aurelio? Aún es preciso decir más. Las penas del infierno y los goces del paraíso son útiles para las almas bajas y venales; pueden ser necesarias mientras los hombres sean incapaces de elevarse á la verdadera moralidad. Son un instrumento de educacion; pero, aún cuando sea un recurso obligado, es peligroso, y no llena jamas su objeto de un modo completo, porque la virtud llega á ser un cálculo, es decir, que deja de ser una virtud. El hombre no es realmente moral más que cuando hace el bien y evita el mal, sin pensar ni en las penas ni en las recompensas. Tal es la doctrina de los últimos filósofos de la antigüedad.

El parentesco de la filosofía y del cristianismo en el terreno de la moral es evidente. Preciso nos es todavía decir una palabra sobre una analogía que es tambien característica. Los cristianos y los filósofos se parecen lo mismo en sus defectos que en sus cualidades; ¿puede haber una prueba más concluyente de la filiacion de las dos ideas? Hablarémos del espiritualismo evangélico y de sus excesos. Ahora bien; hallamos los gérmenes de estas aberraciones en Platon. Para el filósofo, lo mismo que para los cristianos, el cuerpo no solamente es el límite del alma, la condicion de su manifestacion, sino que es tambien una prision, las cadenas de que ansía libertarse. ¿Cuál puede ser el valor de la vida en semejante concepcion? Es menester decir con Tertuliano que el hombre no debe tener más que un deseo: la muerte. Desde este momento patria, familia, sociedad, desaparecen, puesto que no tienen ya atractivo alguno. ¿Y por qué no anticipar la felicidad de la muerte, muriendo en vida? Los monjes del desierto llevaron este falso ideal hasta la locura, y tuvieron sus precursores entre los filósofos.

(1) Véanse los tomos II y III de mis *Estudios*.

Se ha comparado á los cínicos con los religiosos mendicantes. Si los estóicos permanecieron en el mundo, apenas se interesaron por sus destinos. Los neo-platónicos están completamente en este orden de ideas; su espiritualismo es tan excesivo como el de los ascetas cristianos. Hay todavía otro extravío que es comun á la filosofía y al cristianismo. Aún procediendo de la ciencia, los filósofos acaban por rechazarla; los últimos estóicos no estiman más que los epicúreos las especulaciones de la teoría. Unos y otros reducen la filosofía á la práctica de la virtud, y por opuesto que sea su punto de partida, concuerdan en sus máximas morales. La tendencia del cristianismo es la misma. Puede decirse, sin temor de incurrir en paradoja, que las sectas más lejanas del cristianismo contribuyeron á preparar para él los espíritus. Esto es tan cierto, que ha habido sentencia de Epicuro, referida por Séneca, que ha sido invocada por un escritor católico como una prueba de que Séneca estaba iniciado en la doctrina cristiana (1). No puede darse una confirmacion más brillante de la relacion que existe entre el cristianismo y la filosofía antigua.

§ II. — La filosofía preside el desenvolvimiento del cristianismo.

I.

La filosofía preparó al gentilismo para recibir el Evangelio. ¿Acabó su mision con el nacimiento de Jesucristo? Para que así fuese, sería menester que separase algun abismo, algun inmenso cataclismo, la sociedad cristiana del mundo antiguo. Ahora bien; léjos de esto, los primeros tiempos del cristianismo se confunden con los últimos años de la antigüedad. La religion nueva se desenvuelve, pues, en medio de la civilizacion greco-romana. Así el cristianismo debia sufrir la influencia de la civilización antigua. Tal es la ley constante de la humanidad. No hay pensador, por

(1) Véase el tomo III de mis *Estudios*, p. 433 de la edicion española.

solitario que sea, que no exprese, en cierto modo, las ideas, las pasiones, las preocupaciones de sus contemporáneos; es una consecuencia de la sociabilidad humana. Con mayor razon les sucede esto á los reveladores. El cristianismo, lo mismo que las demas religiones, no se ha formado súbitamente, por vía de milagro. El Evangelio no contiene doctrina alguna; sin embargo, toda religion debe tener un dogma. Esto resulta de la esencia misma de la religion. ¿No es acaso una relacion entre el hombre y Dios? Es menester, pues, que determine cuál es esta relacion. La respuesta á esta sencilla cuestion implica todo un sistema teológico. ¿De dónde ha sacado el cristianismo toda su teología? Durante todo el tiempo que fué predicado en los límites de la Judea, consistia únicamente en la creencia en el Mesías. Cuando se extendió entre los gentiles, esta creencia se trasformó: el Mesías fué el Verbo de Dios. Hé aquí el principio de la teología cristiana. ¿Bajo qué influencia tuvo lugar esta trasformacion? ¿Qué ideas, qué sentimientos presidieron al trabajo teológico del cristianismo? En vano sería tratar de buscar otros que el gentilismo. Solamente cuando la *buena nueva* fué predicada á los gentiles tomó el nombre de cristianismo. Si el gentilismo dió su nombre á la nueva religion, le dió tambien en gran parte sus dogmas y su culto. Pues bien; el elemento intelectual que dominaba en la antigüedad era la filosofía griega. Puede, pues, afirmarse que la filosofía rodea la cuna del cristianismo y que preside á su desenvolvimiento. Cuando la doctrina está ya formada y el dogma definido, llegan los Bárbaros y se abre otra edad.

Aún cuando sea cierta la influencia de la filosofía sobre el desarrollo del cristianismo, es difícil precisar su extension y sus límites. Los orígenes del cristianismo no son una pura cuestion científica; están ligados á pasiones y á intereses que han agitado y aún agitan á los espíritus. La historia se ha convertido en un arma en manos de la Iglesia y de sus enemigos, los librepensadores y las sectas. Tratemos de separar la verdad en este conflicto de opiniones contradictorias.

No pretendemos hacer de Jesucristo un filósofo ni un discípulo de la filosofía. Los paganos de los primeros siglos, hostiles á la religion nueva, sostuvieron que un gran número de máximas y de